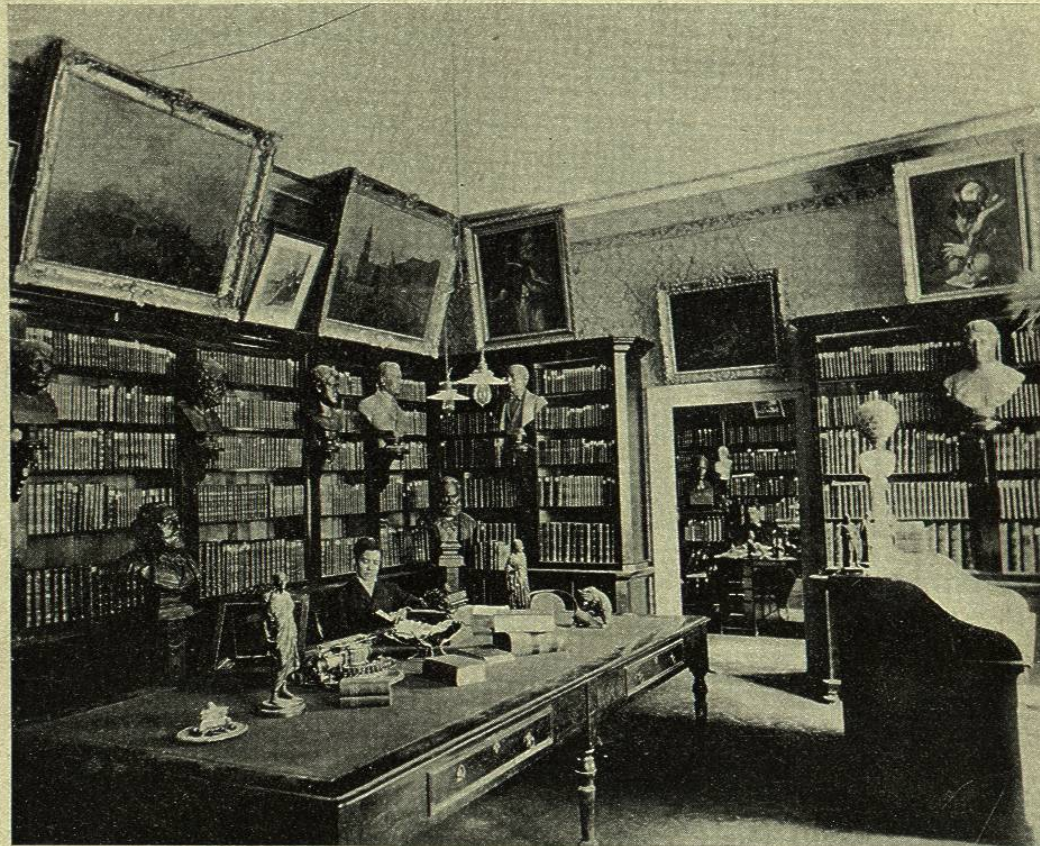


cariño; se le hizo Socio correspondiente de la Academia de Jurisprudencia de Madrid, y Cánovas del Castillo, Menéndez Pelayo, Pidal y Mon, Cristino Martos y otras celebridades españolas, dirigieron cartas afectuosas al juriconsulto mexicano, alentándolo en sus tareas y elogiando sus libros.

Uno de los grandes triunfos del Sr. Verdugo fué el de ganar la cátedra de Eloquencia Forense, por oposición, en la Escuela de la capital de la República, en cuyas oposiciones tuvo que luchar con adalides notabilísimos de la palabra y del foro.



ESTUDIO Y BIBLIOTECA DEL LIC. D. A. VERDUGO

Sus convicciones sociológicas y religiosas lo pusieron en la Academia en frente de ciertos revolucionarios temas que combatió con ardiente fe y arrebatadora frase, distinguiéndose especialmente cuando atacó la teoría del *Divorcio* y la de la libre testamentificación. Entonces tuvo en sus discursos períodos brillantísimos y frases tan sentimentales, que arrancaron aplausos entusiastas de sus propios contrincantes; y si conforme se trataba de la discusión de un tema en aquel centro científico, hubiera sido la discusión de un proyecto de ley en el Parlamento, la libre testamentificación no sería aprobada seguramente, y el divorcio fuera anatematizado por unanimidad. ¡Tales son los milagros de la elocuencia cuando habla el corazón de un erudito!

Incansable labor se impuso el Lic. Verdugo en aras de la ciencia que cultivaba. Al mismo tiempo que continúa la voluminosa obra *Principios de Derecho Civil Mexicano*, pronuncia frecuentes discursos y contesta trabajosas consultas que le hacen los Estados de la Federación en sus litigios civiles, redacta *La Ciencia Jurídica* y *El Derecho*, revistas que forman al fin de cada año verdaderos y completos tratados teórico-prácticos de legislación y jurisprudencia.

Y todo esto sin interrumpir la marcha de su concurrido bufete, siempre visitado por el que solicita amparo de los tribunales para sus intereses y por el procesado que busca en el talento y en la grandilocuencia de Verdugo el áncora de su salvación.

En la sublime y difícil ciencia de la Medicina, la más benefactora de la humanidad, ocupa México también un puesto distinguido, sancionado por las lumbreras médicas alemanas y francesas, que no sólo no desdeñan las obras de los facultativos mexicanos, sino que buscan su colaboración para los grandes estudios que en pro del adelanto de la Medicina aquéllos practican.

Del mismo modo que al hablar de la Jurisprudencia escogimos al azar un abogado entre los que se distinguen por su saber, al hablar de la Medicina tomamos los nombres de los ilustres doctores D. Demetrio Mejía y D. Eduardo Liceaga, para honrar con ellos esta sección de nuestro libro.

El Dr. Mejía nació en Oaxaca el año 1848 (17 Diciembre), y á los veinticuatro años de edad recibió su título de médico-cirujano en la Facultad de la capital.

En obsequio á la brevedad y teniendo en cuenta que la personalidad del Dr. Mejía, bastante conocida, no necesita biografiársela, relataremos únicamente un hecho de su vida que demuestra su talento y grandes conocimientos en la ciencia galénica, á la par que de él resalta el progreso alcanzado por México en la misma.

Hallándose el Dr. Mejía en Berlín el año 1890, asistiendo al gran Congreso médico internacional, leyó en el mismo una *Memoria* que escribió sobre cierta enfermedad del hígado, que nadie antes que él había descrito.

La Memoria fué muy aplaudida, y diversos periódicos médicos extranjeros se ocuparon de ella, transcribiéndola ó extractándola y llevando así el nombre de Mejía por todos los círculos científicos, hasta resonar en el *Cerebro del mundo*, como llaman á la culta capital francesa.

Entonces los célebres doctores Bernheim y Laurent, que á la sazón escribían una obra monumental de medicina, solicitaron del Dr. Mejía su colaboración y obtuvieron de éste un magnífico estudio acerca de los abscesos del hígado, órgano tan estudiado y aun bastante desconocido en sus funciones.

Creemos que lo dicho basta para hacer resaltar la personalidad científica del Dr. D. Demetrio Mejía, y para demostrar que México es bien conocido por el talento de sus hijos en las naciones cultas.

Respecto del Dr. Liceaga, cerebro privilegiado y gran corazón, debemos decir que reúne en sí el doble carácter de apóstol de la Ciencia y apóstol de la caridad.

Podríamos ocupar extensas páginas con la biografía de este sabio, pero nos concretamos á transcribir aquí cuatro rasgos biográficos con que nos obsequió uno de sus más entusiastas admiradores.

El Doctor Eduardo Liceaga

(Apuntes biográficos)

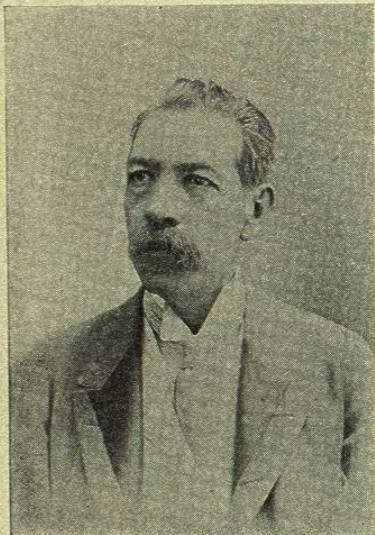
(COLABORACIÓN)

El 13 de Octubre de 1839 nació Eduardo Liceaga en Guanajuato. Su familia es notable en aquel Estado, por los altos puestos que sus ascendientes ocuparon en la Administración y en el ejército. Sus padres fueron el Sr. Dr. D. Francisco Liceaga y la Sra. D.^a Trinidad Torres.

Desde niño manifestó un decidido empeño por la carrera literaria, en la que obtuvo repetidos triunfos que formaron los primeros laureles de su inmarcesible corona científica. Después de haber concluido brillantemente sus estudios de Filo-

sofía en Guanajuato, ingresó á la Escuela de Medicina de México, en Enero de 1859, en la que siguió obteniendo triunfos hasta el 8 de Enero de 1866, en que después de un lucido examen cuyo jurado lo formaban hombres del temple de los Jiménez, los Hidalgo Carpio, los Ortega, los Lucio, y los Río de la Loza, conquistó el honroso título de médico. Apenas acababa de sufrir su examen profesional, cuando fué nombrado en 26 de Abril de 1866 catedrático de Física é Historia Natural del Liceo y Colegio anexos á la Escuela de Derecho.

Cimentada la paz y regularizada la administración pública, comenzó á impulsarse la enseñanza con un empeño que honra á nuestros Gobiernos constitucionales. Entonces ingresó el Sr. Liceaga á la Escuela de Medicina con el carácter de prefecto, plaza que desempeñó hasta Diciembre de 1870, en que, para atender á su ya numerosísima clientela, tuvo necesidad de renunciarla.



Dr. D. EDUARDO LICEAGA

La muerte de uno de los prácticos más notables dejó un inmenso vacío en el Cuerpo de Profesores de la Escuela de Medicina. Con este motivo se abrió un concurso para la cátedra de Medicina Operatoria. Entre los candidatos se contaba el infatigable Eduardo Liceaga; en la tesis por él sostenida se revelaba el carácter del hombre eminentemente práctico; en esta tesis se encuentra, como dice perfectamente el Sr. Frías y Soto, un método severo, un orden admirable, suma claridad en la descripción de las resecciones subperiósticas, y mucha lógica para destruir las objeciones que se pudieran hacer á estas operaciones.

El acto de la oposición tuvo lugar con lucidez extraordinaria, y el Sr. Liceaga quedó electo profesor adjunto á la clase de operaciones.

El nuevo maestro entró enseguida á desempeñar su puesto, porque el Sr. Vertiz no concurría ya á la Escuela.

Las lecciones del Sr. Liceaga están llenas de erudición, ricas de doctrina, y sus discípulos todos somos testigos del jugo que de sus pláticas se puede sacar. A los 30 años de edad, Eduardo Liceaga ocupaba ya una posición reservada en otros tiempos para los decanos de la ciencia; pero estos triunfos no bastaban á su carácter que se sentía arrebatado, por el impulso del siglo, hacia el adelanto y el progreso.

El Sr. Liceaga ha publicado y presentado á la Academia de Medicina varios trabajos, de los cuales los más notables son:

«La corea de los escribientes», «El tratamiento de la epilepsia por el bromuro de potasio», «Historia de una resección subperióstica, practicada en una niña de cuatro años de edad, que estaba ya profundamente aniquilada y en la cual se obtuvo un éxito completo»; también dió á conocer un caso de resección subperióstica de la tibia, en un joven afectado de periostitis difusa supurada, habiéndose logrado una curación completa y la regeneración del hueso. En la sesión verificada el 27 de Julio de 1881, la Academia de Medicina le concedió un premio extraordinario por una memoria interesante sobre luxación hacia arriba de la extremidad interna de la clavícula.

Sus notables trabajos, su absoluta consagración á la medicina y su talento, lo han llevado á la celebridad. Ha recibido los diplomas de la Sociedad de Medicina de San Luis, de la de Guanajuato, de la Médico-Quirúrgica «Larrey», de la de Medicina y Farmacia de Mérida, de la Sociedad Filantrópica y de Beneficencia y de otras que sería largo enumerar; sólo diremos que desde Diciembre de 1873 fué admitido en la Academia de Medicina de México, como socio titular, y á ella le ha consagrado todos sus afanes cuando la ha presidido. En el último tercio del año de 1876, prestó grandes servicios arrancando de las garras de la muerte á multi-

tud de desgraciados á quienes el tifo que assolaba la población pretendía sepultar en las mansiones de la eternidad.

Algún tiempo más tarde otras sociedades científicas y de caridad, llamaban en torno de sí á los que descollaban por su inteligencia, por su saber ó por su filantropía. Natural, era, pues, que el Sr. Liceaga fuera llamado al seno de varias asociaciones, y su nombre se encuentra entre los socios de la Compañía Lancastriana, y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

El Sr. Liceaga fué más tarde socio fundador protector y secretario de la «Sociedad Filarmónica», de esa sociedad en la que tanto sobresalió el eminente artista y distinguido médico Aniceto Ortega.

En 1876, todos los establecimientos de instrucción pública resintieron el sacudimiento que había comunicado á todo el país la revolución de Tuxtepec. La nueva administración que surgió de este cambio político, nombró director del Conservatorio al Sr. Liceaga; pero tuvo que renunciar este nombramiento, porque ese mismo Gobierno expidió una circular para que nadie pudiera servir más de dos empleos de instrucción pública, y el Sr. Liceaga en manera alguna quería separarse de la Escuela de Medicina.

Lejos de mí la pretensión de bosquejar de un modo completo la biografía de mi querido y respetable maestro; mi deseo es que estos ligerísimos apuntes sirvan de punto de partida á plumas mejor tajadas que la mía, y que ellas sean las que den á conocer con detalle al modesto cirujano que forma una de las joyas más valiosas de nuestra Facultad Médica, y el orgullo de la sociedad mexicana.

Pero no puedo concluir sin recordar una de las más bellas páginas de la vida del Sr. Liceaga: el hospital de Maternidad é Infancia. Ortiz Cortés, chantre de la catedral de México, es el primer nombre que se escucha con respeto, entre los que han abrigado á la niñez desvalida; él fundó el Hospicio de Pobres y la Casa de Maternidad. Carlota, esa señora que vió trocarse su corona imperial por el relámpago de fuego de la locura que ciñó sus sienes, fué la que restauró la Casa de Maternidad. Más tarde el Municipio hizo algunas reformas en la organización de los hospitales, y el Sr. Liceaga quedó definitivamente como director del departamento de infancia en el Hospital de Maternidad.

En 23 de Noviembre de 1872 estableció una conferencia higiénica y patológica para los alumnos médicos. También creó el Consultorio Médico para los pobres, que existe en el Hospital de la Infancia.

El tierno espectáculo que se presenta cuando el Sr. Liceaga llega á los salones en donde multitud de niños le esperan anhelantes y lo reciben rebosando alegría, es indescriptible. El que lo haya presenciado me comprenderá.

Allí el Sr. Liceaga representa el papel más noble, más sublime que pueda el hombre tener sobre la tierra; allí es el padre de todos aquellos huérfanos, de todos aquellos seres abandonados en brazos de la caridad.

La virtud, el saber y el talento han elevado al Sr. Liceaga á la cúspide de la gloria; ¡que desde allí nos dirija su mirada y se digne aceptar el respeto y la gratitud del último de sus discípulos!

MÁXIMO SILVA.

México, 1898.

Ingeniero D. Eloy Noriega

Al honrar aquí las páginas de nuestro libro con el retrato del joven D. Eloy Noriega, sabio ingeniero que dirige los trabajos en la fábrica de *San Antonio Abad*, lo hacemos con motivo de dar á conocer algunos inventos de este señor cuyos diseños también publicamos.

El Sr. Noriega es de la casta de los Edison y los Galvani: de éste tiene el espíritu de observación, secreto del sabio, y de aquél la maravillosa inventiva y la constancia en el estudio.

Si pensamos que Eloy Noriega tiene treinta y dos años de edad y posee ya veinte diplomas de honor, seis grandes premios y cincuenta y seis medallas de oro,